

los dueros de "El Imparcial",
Madrid, 20 abril, 1924



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo IV

Al rededor del estilo

I

Empiezo a escribir estas notas, desde hace tiempo presupuestas, en esta isla de Fuerteventura, una de las que se llamó las Afortunadas. Y de veras que es afortunada, a pesar de la resignada sed que mortifica a su tierra, pues que no hay en ella ni cine, ni equipos de fútbol ni buyescautés, o como se diga. Ni pita el tren, sino que pasa, solemne y pausado, el camello. O la camella con su guelfo, a que aún amamanta, o con el ya más grandecito majalulo. Y mira, ¿pensando en qué?, el anacoretico camello a la mar sosegada que se aduerme, soñando acaso al brizo de sus rendidas olas, bajo un cielo que es otra mar. Mar y cielo le están cantando a esta sedienta isla la canción silenciosa del largo sueño sin despertar. Y a los pobres ciudadanos emponzofados con la dulce ponzoña de la civilización, se nos ocurra, al ver al camello/ mirar a la mar —¿la ve?— que ante aquellos ojos faltan unas gafas. Con gafas vería la mar civilizada. Pero... basta.

Al escribirlas no tengo presentes unos apuntes que tenía tomados, unas indicaciones—frases, metáforas, aforismos, citas...—, que después de ordenados—ordenar es desordenar—serían el cañamazo en que bordara—¿no está bien así?—un ensayo sobre el estilo. Pues que soy por definición—esto es, aforisticamente—un ensayista. Un ensayista que se empeña en ser poeta y en escribir poemas en verso y en hacer novelas; novelas/ que, para quitarles a los definidores el trabajo de clasificarlas, he denominado novelas, lo cual hice, ¡claro!, considerando que los definidores son personas... personas, ¿no?, sujetos... nivolescos. Lo que no he pretendido nunca ser es sabio. Participo respecto a los sabios del mismo desprecio que por ellos sienten los trogloditas que los saludan con un teatral respeto. No, sabio, no; ni ganas. Lo he dicho cien veces. Y no porque no sepa, y muy bien, muchas cosas, ni porque no haya descubierto algunas. Por lo otro.

Estilo de ensayo

Siendo, pues, como soy, por definición, un ensayista, mi estilo ha de ser un estilo de tal, un estilo de ensayista. Y—empiece a jugar lo que los mentecatos llaman paradoja—un ensayo de estilo. Porque el estilo de ensayo ha de ser, ¿estamos?, un ensayo de estilo. Y como el ensayo es un tejido de aforismos o definiciones, habrá que empezar por definir el estilo.

La primera cuestión... Pero, no, no; porque no hay una cuestión primera. Como no sea Dios, que es la primera cuestión, la cuestión de las cuestiones, la primera pregunta, pregunta sin respuesta. Sin respuesta universal, se entiende.

Y a propósito, ya sabrá el lector, y si no lo saba se lo enseño yo, que sé tantas cosas, que en latín no hay propiamente adverbio de afirmación, correspondiente a nuestro *sí*—derivado de *sic* = así, y en cambio le hay de negación: *non*. Para afirmar empleaban diversos adverbios, que equivalían a: «así», «ciertamente», «verdaderamente», «en efecto», «¡eso!», etc., etc. O hacían lo que los portugueses y gallegos, que niegan en abstracto y afirman en concreto. Si se les pregunta: «¿llueve?», o «¿vandrás mañana?», o «¿conoces a Bartolomé?», contestan sí afirmativamente: «¡llueve!», «¿vendré!», «de conozco», y si negativamente: «¡no!». Y es porque más breve que decir «no llueve», «no vendré», «no le conozco», es decir sencillamente «no!». O sea, que la negación es elíptica más que abstracta.

Y ahora se nos presenta la primera dificultad, y es que si los portugueses y gallegos, que tan elípticos y avaros de palabras se nos presentan cuando de negar se trata, ¿por qué no hacen lo mismo al afirmar? Porque es más breve decir *sí*, que no «¡llueve!», «vendré», o «de conozco». ¡Ah!, es que les cuesta negar; es





que su avaricia de palabras es cuando de negar se trata; es que esa avaricia es dolor de no poder ser pródigos. ¡Como tantas otras aparentes avaricias...!

¡Avaricia, avaricia! ¡Cuántas veces aparece ávaro, tacaño, el hombre digno, que por pudor oculta su pobreza, como se oculta un castigo inmerecido! ¡Cuántas veces el que ha hecho norma de su conducta no caer en garras de acreedores, aparece ávaro para no tener que ser acreedor, en el triste sentido económico, a su vez! ¡Pero..., a otra cosa!

¡Otra? Otra, no. Porque eso de Dios, como la gran pregunta es el problema de los problemas de la economía divina o teológica, de la teo-economía. A la pregunta: «¿hay Dios?», no cabe contestar: «Le hay». El ateo contesta redondamente: «no!»; pero el creyente—no digo teísta—tiene que contestar: «creo en Dios». Y contestar «creo en Dios», es preguntar: «¿qué es creer en Dios?».

Y creer en Dios, no es lo mismo que creer que hay Dios. Haber... haber... ¡qué complicado es esto de haber! Tanto como lo de deber. Y a la vez tengo que repetir que se debe examinar la diferencia que hay entre estas cuatro proposiciones: «creo que hay Dios», «no creo que hay Dios»—diferente de «no creo que haya *en* Dios», un subjuntivo—, «creo que no hay Dios» y «no creo que no hay Dios».

Por todo lo cual, el lector prevenido, creará que entiendo por estilo alguna categoría gramatical, o retórica o filológica, y no hay nada más lejos de la verdad. Como que aporté estas filologuerías—alguna vez gramatiquerías—previas para desbrozar el camino y exponer, que, por lo regular, los escritores correctos y atildados, los que escriben según eso que llaman el arte de hablar y escribir correctamente y con propiedad, carecen de estilo. O sea, que carecen de personalidad.

Y ya estamos de nuevo en el que, los definidores nivelescos suponen el principio: en la definición clasificativa.

Miguel de UNAMUNO

